

**EL FENOMENO NACIONALISTA.
NACIONALISMO COMO CUESTION
TRANSNACIONAL**

*Comunicación del académico Dr. Carlos A. Floria,
en la sesión privada de la Academia Nacional
de Ciencias Morales y Políticas,
el 13 de julio de 1994*

EL FENOMENO NACIONALISTA. NACIONALISMO COMO CUESTION TRANSNACIONAL

Por el académico DR. CARLOS A. FLORIA

En esta breve exposición propongo discutir algunas de las contribuciones más importantes sobre la coyuntura mundial luego del derrumbe del comunismo. El centro de mi análisis será por un lado la evaluación de las perspectivas para la consolidación de las nuevas democracias en Europa oriental y América Latina, experiencias propicias para la reflexión comparada. Y por otro lado, la tesis frecuente en esa literatura que predice el establecimiento de regímenes inspirados en algún tipo de nacionalismo o de "regímenes radicales de derecha" en muchas de esas democracias.

Mis argumentos principales serán que esta tesis suele tener en cuenta que existen no un nacionalismo sino varios, pero que en muchos casos pasa por alto aspectos básicos de los contextos sociales y políticos donde se desarrollan los procesos de transformación económica y política en los países en cuestión.

Mi conclusión será que la resurrección de los nacionalismos es probable -y que abundan ejemplos en ese sentido-, pero que el establecimiento de regímenes de este tipo es posible, pero menos probable que lo que predice buena parte de aquella literatura.

En términos prescriptivos, es necesario entrar en la discusión sobre si el nacionalismo debe ser aceptado como un fenómeno fatal, o resistido a través de una combinación de coraje,

astucia y suerte, cuando se prevé que sus consecuencias pueden ser desastrosas para una sociedad y para los hombres concretos.

Es preciso actuar a través de la prédica y de la prudencia política, y de un buen realismo, para mantener a viejos y nuevos demonios a raya.

Una nueva "juntura crítica" y sus profetas

Es conocido y aceptado que la situación contemporánea, caracterizada por el derrumbe de los regímenes leninistas en la Unión Soviética, Europa central y oriental, y de los autoritarismos en América Latina, constituye el comienzo de un nuevo período en la historia mundial, una "juntura crítica", un "punto nodal", como lo ha calificado Carlos Waisman.

Ese derrumbe dio lugar demasiado pronto a fórmulas como "el capitalismo ganó, el socialismo perdió" que distrajeran la atención sobre la complejidad de los procesos en marcha, su posible reversibilidad o la probabilidad de puntos de llegada múltiples. La tendencia a la simplificación de fenómenos complejos influyó en muchos de los análisis, sobre todo en los medios de comunicación. Predominaron diagnósticos triunfalistas como el difundido (pero tal vez no bien comprendido) de Francis Fukuyama, quien proclamó ". . . el agotamiento total de alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental."

Estas transiciones a la democracia y el capitalismo ocurrieron en su mayor parte en sociedades que estaban en niveles medios de desarrollo, de donde se consideró que la "teoría de la modernización", según la cual el nivel de desarrollo económico y sus correlatos sociales son el determinante más importante de la democracia, se veía confirmada por la experiencia reciente.

Una suerte de planteo triunfalista cundió, pero como dicha experiencia comenzó a complicarse por la fragilidad de la transición en Rusia y en la mayoría de las ex Repúblicas Soviéticas, por la tragedia yugoslava y por las dificultades de los

cambios en la mayor parte de América Latina -sin apelar por el momento a otras situaciones regionales-, al optimismo siguió casi sin solución de continuidad el pesimismo que podría resumirse en estas proposiciones:

Primera, el nuevo orden internacional no es tal sino un desorden con un alto nivel de conflicto.

Segunda, ese conflicto estaría centrado en clivajes étnicos, nacionales y religiosos, tanto dentro de las naciones como entre ellas.

La tesis central de ambas proposiciones es que "la fuente fundamental de conflicto en el nuevo mundo no será primariamente ideológica ni primariamente económica. . . será cultural. La política del mundo estaría dominada por el choque de las civilizaciones." Y ese choque se daría entre países, y aún dentro de ellos cuando contengan más de una civilización. En el análisis de Huntington las civilizaciones son complejos culturales diferenciados por "la historia, el lenguaje, la tradición y, lo más importante, la religión."

Tres tipos de identidad política colectiva adquirirán, según ese análisis, centralidad creciente: la etnicidad, la religión y el nacionalismo -este en sus versiones organicistas y agresivas-.

Leszek Kolakowski concluye que las instituciones democráticas están amenazadas tanto por el crecimiento del "nacionalismo maligno" en todo el mundo como por el de la intolerancia y las aspiraciones teocráticas, no sólo en el Islam, sino también en otras comunidades religiosas.

Finalmente, casi toda esa literatura suscribiría la afirmación de George Kennan: "El nacionalismo se ha convertido en la fuerza emotiva más importante de nuestra época." Isaiah Berlin lo había dicho de otra manera: "no es que el nacionalismo haya vuelto, es que nunca se fue..." Casi todos lo ven extendiéndose al próximo siglo, con sus formas militantes y violentas, más bien que como "un espasmo de irracionalidad, reminescente de la abominación fascista en estilo y contenido", barriendo muchas zonas del planeta, como sostiene Z. Brzezinski, según evidencias en Europa occidental. Los brotes más fuertes aparecerán en las sociedades post-totalitarias que han abrazado la

visión democrática con entusiasmo ingenuo, y por lo tanto terminarían sintiéndose traicionadas por ella.

Al cabo; esos pronósticos contienen la posibilidad de un "Termidor soviético", el retorno de la "Tercera Roma" o el desemboque de la inestabilidad actual en regímenes autoritarios nacionalistas semejantes al fascismo clásico. Ni siquiera habría lugar para autoritarismos liberales del tipo de los de la Europa del siglo XIX, entre otros motivos porque muchos de esos países no han tenido tradición propiamente liberal.

En el tercer mundo, así llamado pese a que el segundo desapareció, el efecto de demostración daría lugar al retorno de movimientos fuertemente antiliberales animados por el resentimiento hacia la "élite global" del hemisferio norte y sus vicarios locales.

¿Por qué estudiar el nacionalismo?

Las explicaciones pesimistas apenas insinuadas en los pasajes precedentes contienen, sin duda, "semillas de verdad." Pero esas semillas no son las únicas que se han sembrado. Hay otras "semillas de verdad" que conviene recoger para el examen de nuestro tema. La implosión o el derrumbe de un imperio, según indica la experiencia histórica, suele traer consigo el "repliegue" del hombre concreto hacia las zonas más conocidas y tangibles de su circunstancia. En esta clave, la globalización y la mundialización de la economía y de la política, que se expresan con la difusión del principio de legitimidad democrático y del instrumento del mercado, ocurren al mismo tiempo que el repliegue defensivo del hombre hacia la región, la nación, el pueblo, el barrio, la familia.

Hay consensos nuevos que suceden al mismo tiempo que los conflictos. Consenso sobre la democracia y conflicto sobre el tipo de democracia (participativa, representativa, unitaria, federal, presidencialista, parlamentaria). Consenso sobre el capitalismo y conflictos sobre el modelo de capitalismo preferible. La literatura comparada comprueba la existencia de, por lo menos, tres modelos inspirados en el capitalismo, y se sos-

tiene que esos tres modelos no agotan las experiencias en curso. Como se ha observado con acierto, pueden emerger identidades colectivas fuertes como el movimiento ecologista y similares, y sin embargo compatibles con la democracia, así como el fortalecimiento de la religión, sin que esta se confunda con la dimensión política o ideológica.

Puede decirse que las teorías pesimistas tiene semillas de verdad, pero también simplificaciones que ignoran o pasan por alto el hecho de que en las nuevas democracias de las sociedades postcomunistas y en los países relativamente industrializados de América Latina se están llevando a cabo transiciones simultáneas en lo político y en lo económico. Si en lo primero crecen democracias precarias y en lo segundo capitalismo mitigados por el fuerte papel del Estado, los procesos exponen situaciones muy diferentes, con coaliciones sociales cambiantes y con instituciones que responden a diferentes estilos de autoridad. También las que Carlos Waisman llama "lógicas sociales" son diferentes. Pero hasta ahora las sociedades en cambio han logrado evitar en la mayoría de los casos tanto el fracaso del cambio económico como la quiebra de las democracias frágiles, que en otros momentos históricos hubieran caído en el caos económico y social o en el expediente del golpe de estado militar. Ninguna de esas posibilidades están ausentes para siempre, pero lo menos que puede decirse es que la mayoría de las sociedades tienen en cuenta sus experiencias más dolorosas y que la memoria colectiva permite que la catástrofe o el caos no sea en ellas una consecuencia necesaria de los cambios que operan en tiempos difíciles. Hay cierta conciencia, antes inexistente, de que los cambios requieren ciertas "redes de seguridad" elementales, sea en lo económico y social como en lo político institucional.

En resumen, no es necesario que los sistemas políticos y económicos en cambio terminen en movilizaciones caóticas, en clivajes, técnicos y religiosos, o en el nacionalismo organicista y agresivo.

Las diferencias con los años 30 son tanto o más grandes que los parecidos, y las analogías que circulan son a veces la consecuencia de la pereza del pensamiento mas bien que un

ejercicio comparativo que sirva para el conocimiento y para el control de la calidad de ese conocimiento.

¿Por qué estudiar el nacionalismo propuesto por esas teorías como uno de los clivajes más peligrosos?

En primer lugar, porque si los efectos de demostración internacional en el mundo contemporáneo favorecen al capitalismo y la democracia liberal (al revés de lo que ocurría en los años 30), conviene tener presente lo que les sucedió a los intelectuales y políticos del siglo pasado. Estos venían del "nacionalismo liberal," de una asociación benigna entre el nacionalismo y el liberalismo que sirvió a la creación de estados nacionales modernos. Pero no previeron que ese nacionalismo "benigno" habría de derivar hacia el nacionalismo "organicista," imperialista y violento, al cabo una de las manifestaciones más perversas del siglo XX. A principios de este siglo, quienes sintieron las primeras inquietudes respecto de este tipo de nacionalismo pensaron que era una suerte de inflamación patológica, de espasmo irracionalista sin demasiado porvenir. Tener a la nación como un valor superior a otros no parecía demasiado peligroso. Pero cuando la nación se transformó en valor supremo, cuando el hombre se concebía existiendo "para el Estado, por el Estado y en el Estado (nacional)," se había llegado casi sin advertirlo a la absolutización de la nación, a la nación como ideología absoluta, y desde entonces al nacionalismo como ideología no sólo antiliberal, sino "antipersonalista." Como una nueva deidad a la que el hombre debía rendir tributo. Es más: no se era persona sino a través de la nación.

El nacionalismo como ideología entendida como una parte de la verdad que se convierte en la verdad toda, una parte de la realidad que se asume como la entera realidad; ese fue el nacionalismo que se convirtió en la más importante, perturbadora y envolvente de las ideologías de la era moderna.

Esta afirmación es compartida por la mayoría de los estudiosos del fenómeno nacionalista. Hemos citado a Berlin. En distintos momentos de nuestra vida nos fue dicha por intelect-

tuales como Bertrand de Jouvenel, Raymond Aron, Andre Malraux, y es hoy sostenida por Ernst Gellner, por E.J. Hobsbawn, por Ernst Haas y por la mayor parte de la literatura que se ocupa del tema.

Esos testimonios y esa literatura, que proceden de intelectuales pertenecientes a corrientes diferentes con biografías personales distintas, contienen también el lamento de que el concepto "nacionalismo" es tan difuso como son diversas las mentalidades que lo evocan. Como se ha dicho con gracia, los estudios sobre el nacionalismo plantean el problema proverbial del elefante; la apariencia del animal difiere según el lugar que tocan los integrantes de un grupo de no videntes.

La pugna entre las tipologías del nacionalismo no siempre es precedida por la lectura de la historia, de la sociedad y de las instituciones, necesaria para un mejor análisis político. Tampoco por la vigencia del principio de complementariedad, según el cual un mismo elemento o factor produce consecuencias distintas según la circunstancia o el medio que atraviesa. No es lo mismo tratar el nacionalismo en un imperio que en las "marcas" del imperio, ni el nacionalismo en sociedades occidentales u orientales, para citar sólo dos ejemplos entre muchos.

La pugna de las tipologías persiste, asimismo, por la relativa indiferencia que se comprueba en la literatura entre lenguas y perspectivas que permanecen distantes entre sí. El "complejo" norteamericano de los franceses es correspondido por la relativa autosuficiencia de muchos autores norteamericanos y británicos respecto de las vías de análisis propuestas en países latinos. Es por lo menos imprudente ignorar a los franceses cuando se trata de temas de "derechas" e "izquierdas," así como lo es ignorar la "vía española" del pensamiento nacionalista cuando se trata de las situaciones nacionales de los países latinoamericanos. También lo es ignorar las percepciones del tema en la literatura política anglosajona.

Es importante, por fin, tener en cuenta los niveles del análisis. ¿Estamos hablando de ideas, de ideologías, de movimien-

tos históricos o de sistemas? Muchos malos entendidos se evitarían si tales recomendaciones fueran tenidas en cuenta.

La mayor parte de la literatura que se ocupa del tema considera al nacionalismo como un fenómeno moderno.

Una nación es, desde esa perspectiva que Ernst Haas ha explicitado con precisión, un cuerpo de individuos socialmente movilizado, que creen estar unidos por algún conjunto de características que los diferencian de los de afuera, y pugnan por crear o mantener su propio estado. Esos individuos tienen "conciencia colectiva" por su sentimiento de diferencia, por su unicidad, por el núcleo de símbolos que comparten y que proyectan en una "comunidad imaginada" que supone expectativas de comportamientos complementarios y predecibles de los connacionales. Un gobierno no es considerado legítimo a menos que -por lo menos- represente la nación así considerada, y ésta supone un grupo que desea la autodeterminación.

En esa clave, el nacionalismo es una creencia compartida por un grupo de gente que sostiene constituir una nación, como intención o como realidad existente. Y una nación-estado es una entidad política cuyos habitantes se consideran una nación singular y desean seguir siéndolo.

Si el nacionalismo ha de existir en otra forma que la de un fenómeno reaccionario y perverso, deber reconocer que el hombre es el camino de la nación y no la nación el camino del hombre.

Estas definiciones implican el tratamiento del nacionalismo como un fenómeno moderno, pero también como una forma de racionalidad, como un esfuerzo tendiente a imponer coherencia en sociedades en procesos de modernización. Al mismo tiempo, la hipótesis central es que hay una forma particular de nacionalismo -el "nacionalismo liberal"- que habría demostrado ser el más exitoso para la integración de sociedades en procesos de modernización, sin sacrificar por eso el hombre a la nación. Ha sido en parte una experiencia de muchos estados nacionales en la formación de estados modernos en América Latina, y es la propuesta de quienes, desde la experiencia israelí, por ejemplo, sostienen que ese tipo de nacionalismo es el que puede reconciliar al estado de Israel con la democracia.

La trayectoria histórica del nacionalismo exhibe ideologías revolucionarias en las variantes "liberal" e "integral." La primera contiene a los "jacobinos" y a los "whigs." La segunda, a los "marxistas" y a los "racistas."

La familia espiritual e ideológica de los integralistas ha sido y es la que impide la reconciliación de la nación con la democracia y somete al hombre a la nación como valor absoluto, según lo que expusimos en síntesis extrema.

Sea a través de las etnias, de la politización de la religión o del nacionalismo, lo que hoy preocupa es el renacimiento y la posible expansión de versiones de lo que Jean Guilton llamó el "partido de los puros", de la visión "cátara" y por lo tanto sectaria de las etnias, de la religión politizada y del nacionalismo.

El nacionalismo es objeto de examen permanente y renovado no sólo por motivos académicos sino por razones políticas, económicas y morales. Fue una combinación perversa de factores donde se reunieron la escasa convicción y la desaprensión hacia los derechos humanos y la democracia, la frivolidad intelectual, los resentimientos, la falta de cautela para cuidar un régimen frágil en medio de las turbulencias de un tiempo de crisis, además de los intereses creados y de los comportamientos conspirativos, el proceso que condujo a la quiebra de la República de Weimar. Nada impide, más bien todo aconseja, que al coraje, la astucia y la suerte se sume la memoria, la prudencia y un buen realismo para no dar espacio a los viejos y a los nuevos demonios.

"Mientras el patriotismo, amando lo que es propio, estima también lo que pertenece al otro, el nacionalismo sospecha de todo lo que no es suyo. Si no puede destruir lo que es del otro, trata de apropiárselo". La frase pertenece a Juan Pablo II, fue extraída de una carta enviada al arzobispo de Vrhbosna en ocasión de un "triduum" que reunía a las comunidades religiosas de musulmanes, de ortodoxos, judíos y católicos por la tragedia de Yugoslavia y no deja lugar a dudas. El papa Juan Pablo II distingue entre patriotismo y nacionalismo, pero ve que éste avanza por la ladera más peligrosa, por la más escarpada y por la más inhumana.

Probablemente, nos guste o no, el nacionalismo es una etapa o una expresión ideologizada de la nación que muchas sociedades pasaron y muchas otras pasarán.

Pero a las sociedades humanas no les es indiferente el tipo de nacionalismo que están experimentando o habrán de experimentar.

El nacionalismo antiliberal y organicista, integrista o fundamentalista, evoca tipos de nacionalismos que impiden la reconciliación racional entre la nación, el estado y la globalización. Es interesante tratar el tema dentro de la tradición del pensamiento político occidental. Es prudente liberar modos de pensar establecidos y plantear, ante los contemporáneos y la posteridad, la necesidad de repensar la experiencia política. No sería extraño que la tensión entre nacionalismo y globalización tenga alguna semejanza con el desafío revolucionario al pensamiento político que según la sabia observación de Sheldon Wolin planteó la circunstancia de que la polis no era el núcleo político más significativo cuando el imperio expuso nuevas dimensiones del espacio. El salto cualitativo que se produjo en el pensamiento político fue impresionante, y nuestra sensación es que nos encontramos ante desafíos análogos.

El tipo de nacionalismo dominante no puede desentenderse, a su vez, de la calidad y consistencia del régimen político donde actúa.

Un "nacionalismo personalista," si es plausible llamarlo así, respetaría a su manera lo que Cristo enseñó cuando dijo "el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado..."

Si esa enseñanza es ignorada por los nacionalistas de nuestro tiempo, los profetas del caos habrán dibujado el porvenir.